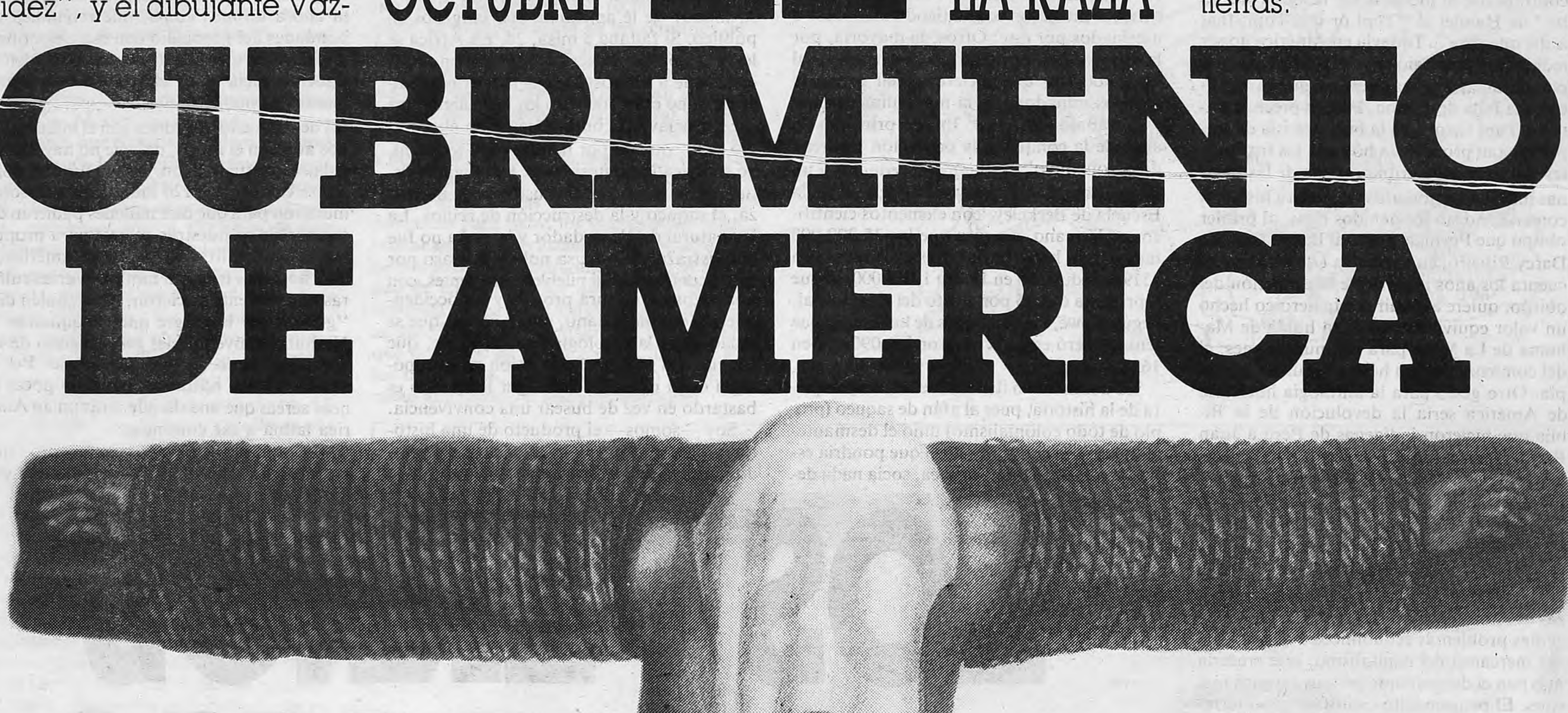
Con la participación de los gobiernos del continente y de la comunidad internacional, España acelera los preparativos de la celebración, en 1992, del Quinto Centenario del Descubrimiento. Esa conmemoración no satisface ni en la misma España: el novelista Rafael Sánchez Ferlosio opina que entraña "la amenaza de un espectáculo de incultura y de estupidez", y el dibujante Vázquez de Sola acaba de publicar un libro que la critica mordazmente y del que se reproducen aquí algunas ilustraciones. La polémica cunde en varios países latinoamericanos —México en especial—, cuyos intelectuales no están dispuestos a vaciar bajo el alegre lema de la conmemoración, "Encuentro de culturas", los contenidos reales de una empresa colonizadora que también se dedicó con obstinación y prolijidad a oprimir —"cubrir"— las ricas culturas que se dieron en llamar precolombinas. En las páginas siguientes se arriman elementos al debate, entre otros, un testimonio del siglo XVI y otro actual de los vencidos. Ambos muestran con elocuencia que los criollos se liberaron de los españoles en el siglo pasado, pero que no mucho ha cambiado desde entonces para los indígenas que lograron sobrevivir en estas tierras.

12 DE OCTUBRE DIA DE LA RAZA

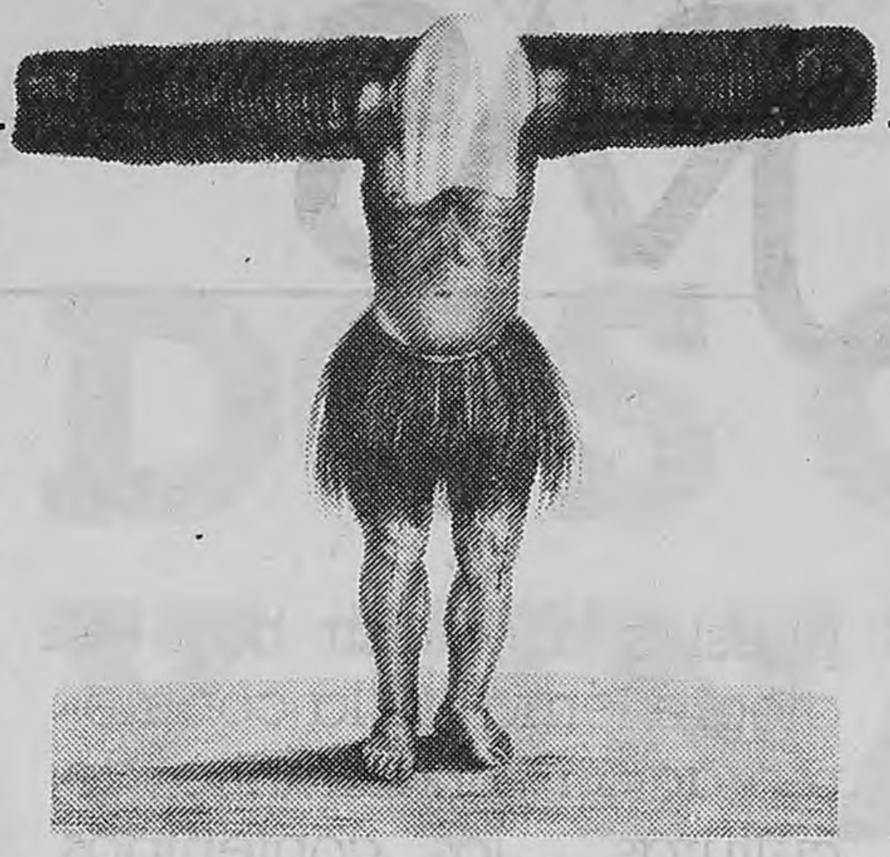
EL CUBRIMIENTO DE AMERICA



"Cristo indígena". Acuarela de Juan Agustín Guerrero (Ecuador, siglo XIX)

LOS PERROS DEL PARAISO

Por Adolfo Colombres



En octubre de 1975, la Conferencia Internacional de Pueblos Indígenas reunida en la Columbia Británica (donde se creó el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas), considerando que seguían siendo extranjeros en su propia tierra y objeto de explotación, discriminación racial y deculturación, resolvió "protestar enérgicamente en contra de los racistas contemporáneos, que todavía festejan y escriben artículos sobre el 'Día de la Raza' ", pues "tales personas son los verdaderos enemigos de los Pueblos Indígenas de América". A continuación se resuelve que el 12 de octubre sea convertido en el "Día de la Desgracia" de América, en protesta por los genocidios y etnocidios sistemáticamente practicados, y se ponga la bandera a media asta y con un crespón negro, en expresión de duelo. Por cierto, ningún gobierno le hizo caso, y se siguen repitiendo los festejos. Porque claro, los que no son indios ni nada que se parezca pueden ver las cosas con mayor tranquilidad, discutir en un café sobre la veracidad de la leyenda negra y hasta pensar que los 500 años que se acercan es una fecha digna de ser celebrada como una epopeya de la humanidad y nuestra fundación. Es justamente esta zanja lo que llevó a Oswald de Andrade, en su *Manifiesto Antropófago*, a contraponer al metafísico "to be or not to be" de Hamlet el "Tupí or not Tupí: that is the question". Todavía en América no ser indio es un privilegio, pues los que llevan esa piel no arrastran más destino que la desdicha y la falta de destino. Fueron precisamente los Tupí los que en la bucólica isla de Itaparica, tan promovida hoy por los traficantes de paraísos, escribieron una de las páginas más revolucionarias de nuestra historia: comerse, no sin los debidos ritos, al primer obispo que Portugal envió al Brasil. Cuando Darcy Ribeiro, en su novela *Utopía salvaje*, cuenta los años a partir de la deglución del obispo, quiere atribuir a este heroico hecho un valor equivalente al de la huida de Mahoma de La Meca para los musulmanes: el del comienzo de una héjira, de una era propia. Otro gesto para la antología libertaria de América sería la devolución de la Biblia que hicieron indígenas de Perú a Juan Pablo II, diciéndole que ese libro había servido sólo a los que los explotaban, deculturaban y humillaban.

El "Descubrimiento" fue para Europa un acontecimiento de gran importancia, que bastante la ayudó a avanzar por la Edad Moderna, dejando atrás el Medioevo. Las riquezas de América le permitieron solucionar urgentes problemas económicos e impulsar la faz mercantil del capitalismo, que crecería más con el despojo que por sus propios méritos. El pensamiento científico ganó terreno frente al mágico-religioso. Se introdujo el cultivo de nuevas especies vegetales. Y España, desangrada por la Reconquista, saltó en pocos años a primera potencia mundial. América fue la prueba de lo desconocido, que hizo estallar muchas categorías. Asia y Africa habían formado de algún modo parte de su tradición, pero América no: fue por eso la irrupción inesperada, el festín de la imaginación. Amerigo Vespucci propuso llamarla *Orbis Novus*, como si todo hubiera empezado recién ese 12 de octubre de 1492 y no 40 mil años antes, y esto no fuera más que un desierto salvaje, sin civilización alguna. En el principio, entonces, fue la abolición de la historia. El Mundo Nuevo fue edificado sobre las ruinas de Tenochtitlán, Cuzco y otras ciudades. Pero en el siglo XVI no había en Europa ciudad más poblada (300 mil habitantes, contra 120 mil de Sevilla, 100 mil de Lisboa y 60 mil de Madrid) y hermosa que Tenochtitlán, la que según Bernal Díaz del Castillo surgía del lago como una fábula de *Amadís de Gaula*, ni templo más alto que la Pirámide del Sol de Teotihuacán, cuya base medía casi un kilómetro de perímetro. En el siglo VI, cuando aún gran parte de Europa permanecía en la barbarie, Teotihuacán, con sus 200 mil habitantes, se disputaba con Chang-an, la capital del Imperio de Tang, en la China, el primer puesto mundial en urbanismo. Para esa fecha, y aun antes, los mayas habían construido una ciudad universitaria como Copán, y un calendario con una exactitud ni siquiera superada (mil años después) por el calendario gregoriano de 1582, y que guarda sólo un diez milésimo de error con respecto al actual año gregoriano. La pirámide de Cholula, se sabe, era más alta que la de Keops. Y cuando vino el "Descubrimiento", ¿qué pasó? Fue el Cubrimiento, responde Arciniegas. Galeano, más genérico, afirma que toda empresa imperial encubre, oculta, no revela. Quipus, códices y otros registros históricos fueron quemados, enterrados, al igual que las obras de arte. Las realizadas en metales preciosos fueron convertidas en lingotes. Las grandes obras de arquitectura se demolieron para borrar esos baluartes de identidad y aprovechar los materiales de construcción. Se olvidaron las redes camineras, los sofisticados sistemas de regadío. En Yucatán, de las metódicas quemas realizadas por Diego de Landa en 1562, sólo se salvaron tres códices, que hoy están en museos de Europa. Gracias a sucesivos milagros el *Pop Wuj* (y no *Popol Vuh*), el principal libro de la América precolombina, pudo llegar hasta nosotros.

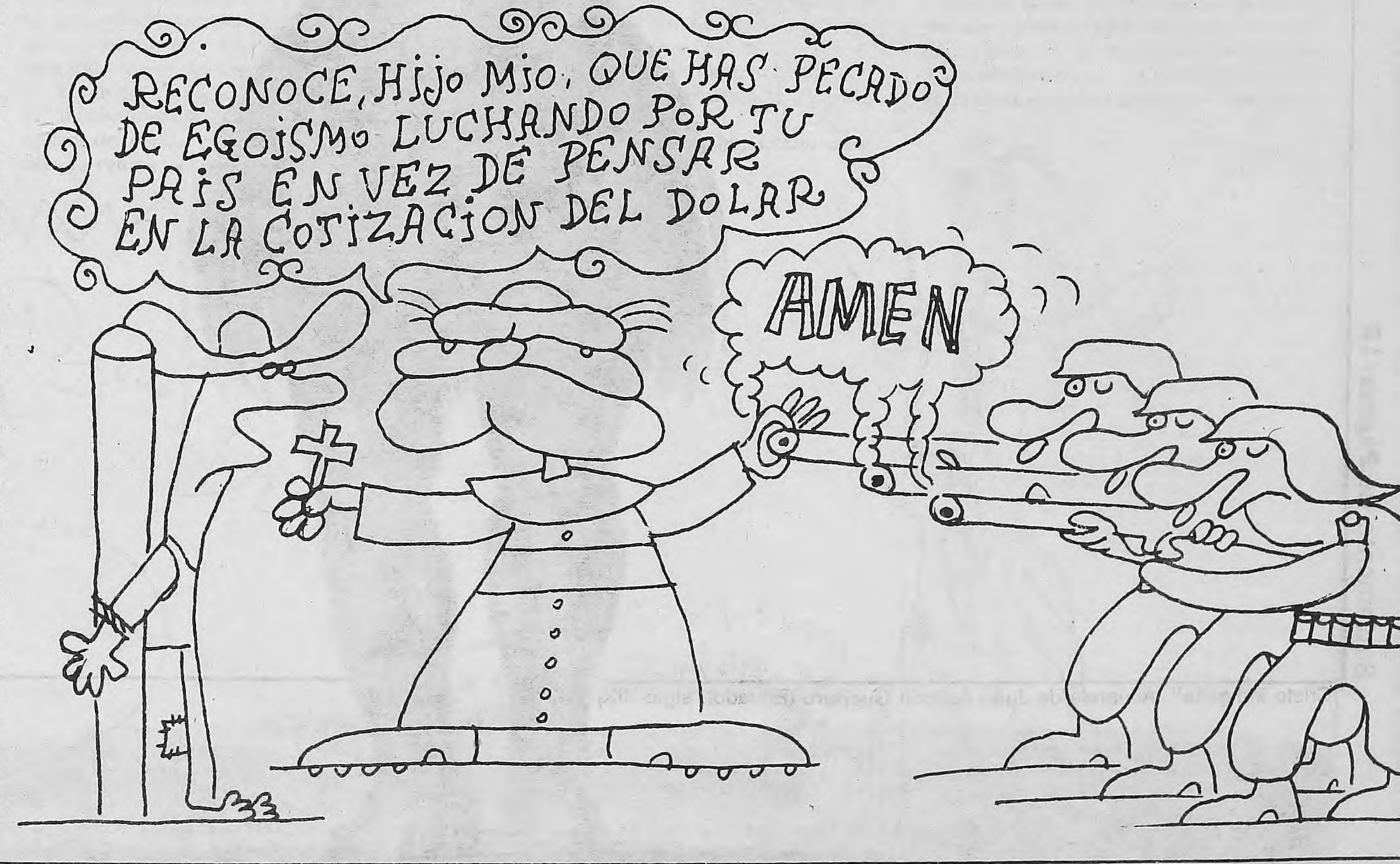
Pero no sólo el arte y la cultura se consumieron en esta hoguera del "Descubrimiento": también —y sobre todo— las vidas. Muchos murieron combatiendo al invasor o asesinados por éste. Otros, la mayoría, por la viruela, el sarampión y otras pestes aquí desconocidas, que hicieron fácil presa en cuerpos minados por la mala alimentación y el trabajo intensivo. En los primeros 50 años de la conquista la población indígena de la zona involucrada quedó reducida a un 25 por ciento. No la leyenda negra, sino la Escuela de Berkeley, con elementos científicos en la mano, asegura que los 25.200.000 indios que había en el México Central en 1519 se redujeron en 1605 a 1.075.000, lo que representa el 4,25 por ciento del total inicial. Según Rowe, los 6 millones de habitantes que tenía el Perú en 1532 bajaron a 1.090.000 en 1628.

La dominación ibérica fue la más completa de la historia, pues al afán de saqueo (propio de todo colonialismo) unió el desmantelamiento sociocultural, en el que pondría especial celo la Iglesia Católica, socia nada desinteresada de la empresa. O sea que América no tuvo la buena suerte de Africa y Asia, donde se fue en busca de botín, o en todo caso a "civilizar", no a convertir. No hubo para esos continentes un papa Alejandro VI y una bula como la de 1493, que al repartir América con fines salvacionistas proporcionó el fundamento ideológico que precisaba la conquista y el exterminio, muy bien articulado (aunque claro que en latín, la lengua "universal") en las Requisitorias que se leían con apuro a los indios, a menudo sin un lenguaraz de por medio: esas tierras eran del Dios cristiano. El Papa, que lo representaba, se las había cedido al rey, y el portador del pliego cumplía la orden del rey. El rechazo implicaba la "Guerra Justa". Pero el exterminio y la esclavitud solían venir también por una pregunta o comentario muy atinado, como decir, por ejemplo, que ellos tenían sus dioses y autoridades, o que el Papa debía ser sujeto de malas costumbres, puesto que andaba repartiendo lo que no era suyo. De todas maneras, ni los más fieles conversos se libraron de la esclavitud de la encomienda. La función de la religión invasora no era otra que la de dejarlos sin cultura y sin historia, sin una base en la que afirmar su dignidad pisoteada, moralmente maniatados. Al que una noche, por nostalgia, se le diese por bailar al antiguo modo (que era *su* modo) se le aplicaban 300 latigazos en público. Si faltaba a misa, 24. En Africa se los dejó bailar, practicar su religión, vivir conforme a sus costumbres mientras trabajaran como es debido o no los "reclutara" una *razzia* esclavista como "piezas de ébano". No se los quemó por herejes ni se les endilgó sofisticadas requisitorias. La religión cristiana no fue usada para justificar la matanza, el saqueo y la destrucción de reinos. La ley natural del depredador y la presa no fue allí disfrazada de causa noble. Y acaso por eso encontramos allí pueblos emergentes, con una vigorosa cultura propia, y no occidentales de segunda mano, malas copias que se escudan en la ideología del mestizaje, que convierte al fruto de la violación en una apología de la misma, para negar lo que no es bastardo en vez de buscar una convivencia.

Soy —somos— el producto de una historia, y asumo plenamente esa historia, con todos sus avatares. De nada sirve pensar en lo que hubiera sido de no pasar lo que pasó, porque la realidad está aquí, al frente, y nos pertenece. Escribo esta nota en la lengua de Castilla, que es también la de Cervantes y el Siglo de Oro, tradición que reivindico como propia y entrañable. Muchos indios se expresan hoy mejor en esta lengua que en la suya, por obra y gracia de la conquista. Todos sabemos que hay dos Españas: la negra, la de la intolerancia, en la que abreva ese hispanismo reaccionario que tanto se cultiva de este lado del mar, y la otra, la de la libertad y la democracia, la de Antonio Machado y García Lorca, la de los que hoy defienden desde España la dignidad de América con mayor empeño que nuestros vacilantes gobiernos nacionales, sólo interesados en los dividendos que puede dejarles la conmemoración de los 500 años. Españoles que reniegan de esa especie de cruzada de autosatisfacción nacional encabezada por el rey, las fuerzas retrógadas y la Iglesia Católica. Porque ya nos dijeron que no son sus antepasados los autores del genocidio, sino los nuestros. Los de ellos se quedaron allá, claro que recibiendo los beneficios, pero también gastando tinta a veces en sabias leyes que se acataban sin cumplirse.

Por eso, más que mirar para allá, tenemos que mirarnos nosotros mismos. Señalaba un dirigente indígena que España no hizo hasta ahora un *mea culpa*, que reivindica las bondades del genocidio con esa ciega obstinación con que los militares defienden la "guerra sucia". Es cierto, pero tampoco nuestras repúblicas hicieron auténticos gestos de reparación histórica con el indio, y menos aún con el negro, del que no hay que olvidarse en esta ocasión. Africa fue despoblada (se calcula que 120 millones de personas murieron para que diez millones pudieran desembarcar en nuestras costas) para propulsar el desarrollo económico de América, y esos hombres trajeron también varias culturas que nos enriquecieron, pero ¿quién dijo "gracias por la sangre que les quitamos"? No hubo a nivel oficial gesto alguno de reparación, como de reconocimiento. Por el contrario, hoy hasta se retiran las pocas líneas aéreas que una década atrás unían América latina a ese continente.

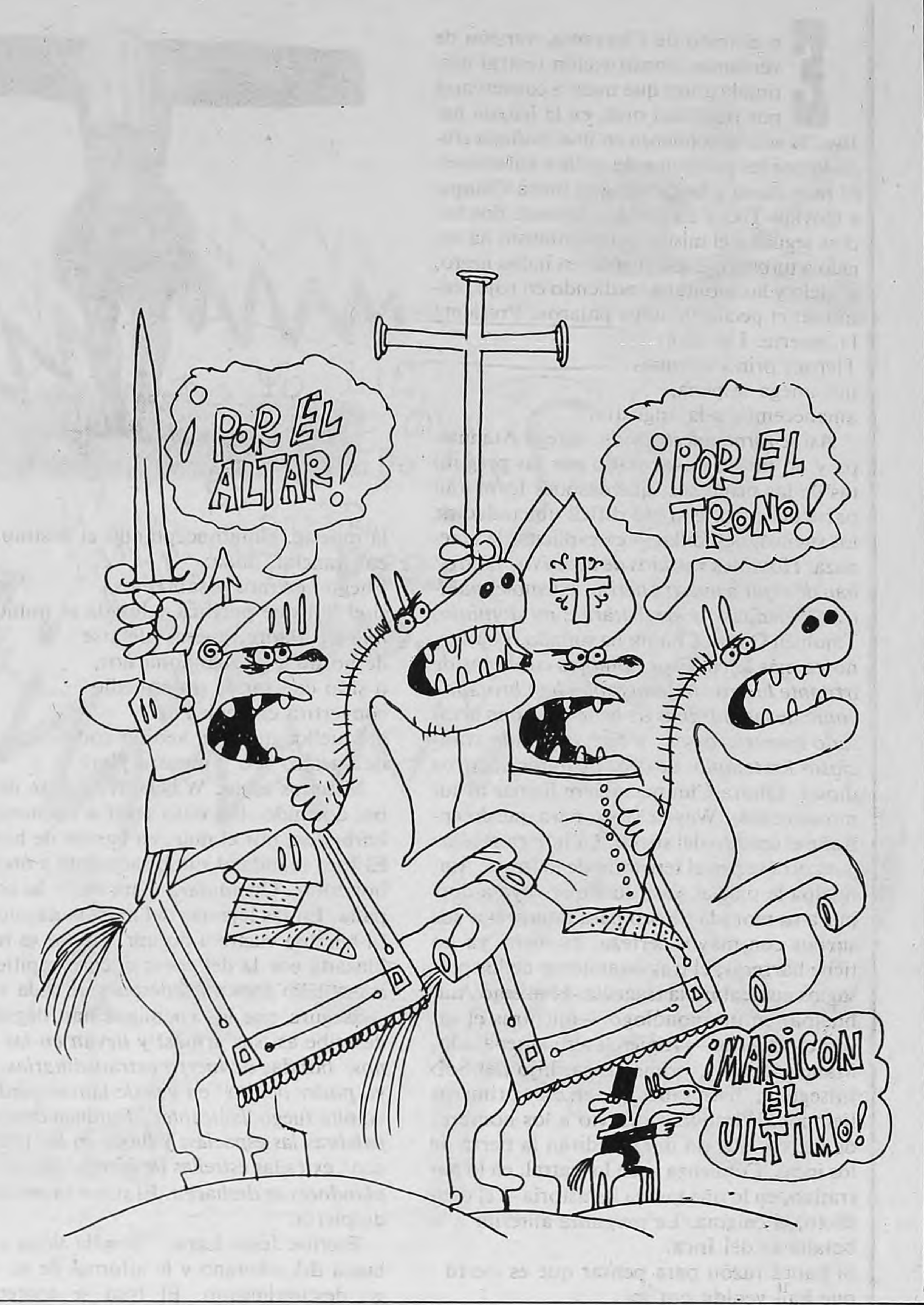
No se habla ya de Descubrimiento, sino de *Encuentro*, término propuesto por León



Portilla. Pero los indios otra vez protestan, y con razón: un encuentro implica diálogo, mutuo respeto de la diversidad, y aquí hubo atropello, aplastamiento. Podría hablarse de un *choque* de civilizaciones, aunque con la aclaración de que América fue chocada, y también fundada en este choque como categoría de conocimiento, como un concepto que reunía a los fueguinos con los aztecas. La idea más correcta es *invasión*, y la que prefieren los indios, interesados ya en tomar la fecha como un grito por sus derechos humanos pisoteados, que ni la ONU se atreve a reconocer en su justa medida, al negarles *status* de pueblos colonizados. Llaman a celebrar los 500 años de la resistencia anticolonial, pero con un afán separatista. Lo que quieren es lograr el pleno reconocimiento social y cultural, un espacio jurídico-político de expresión dentro de un auténtico pluralismo.

Porque no debemos engañarnos: la República poco significó para ellos. Dieron su sangre en las guerras de la independencia sólo para que el patriciado criollo es apropiara de la maquinaria de dominación de la Colonia y convirtiera el hecho de matar indios en el gesto civilizatorio por excelencia. La política de amparo a los territorios de las comunidades pacíficas de Carlos III fue sustituida por el ataque frontal a la estructura comunitaria, que empezó con los decretos que San Martín y Bolívar firmaron en Lima. Transformado así en un minifundista sin título se facilitó el despojo y nació el gamonalismo andino. También la reforma juarista alimentó en México un latifundio a expensas del indio, que el porfiriato llevó a su apogeo, desatando la Revolución. En la Argentina actual, al no haberse aún reglamentado la ley 23.302 y no ser en consecuencia aplicable, carecemos aún, a 172 años de vida "independiente", de un orden jurídico nacional que reconozca al indígena como parte nuestra, garantice sus denegados derechos y otorgue personería a la comunidad, de modo que pueda adquirir derechos, contraer obligaciones y defenderse en juicio. Lo que puede una sociedad anónima no puede la célula social más antigua de esta tierra. Algunos gobiernos provinciales, para llenar este escandaloso vacío, se la concedieron, por más que legislar sobre derecho de fondo sea atribución exclusiva del Congreso de la Nación. A la sombra de esta indefensión lucran los opresores de siempre, desde los que los despojan y explotan descaradamente a los que dicen defenderlos y les niegan el derecho de identidad, que es el principal de los derechos humanos. El art. 67 inc. 15 de nuestra Constitución establece como atribución del Congreso promover la conversión de los indios al catolicismo. Claro que los constitucionalistas, siempre tan escrupulosos, no pusieron el grito en el cielo, señalando que contradice la libertad de cultos sancionada por el art. 14. Por el contrario, la libertad de cultos suele ser invocada cuando se intenta poner coto a la acción evangelizadora en las comunidades indígenas, según lo recomienda la Declaración de Barbados. Resulta que todos pueden practicar su religión, menos el indígena. Lo que se le permite a la Secta Moon se le niega al guaraní, a pesar de los valores humanos y la poesía que encierra su religiosidad. Todo indio no convertido es una presa en la mira de las cazadores de espíritu, de los que buscan "salvar" al otro para salvarse del vacío de su propia cultura. Sé de un mbyá de Misiones que prefirió ver morir a su hijo antes de emprender el camino a la misión, donde la asistencia médica y la educación se pagan con la herencia cultural. ¡Qué lección de dignidad! Evangelizar es aculturar, colonizar, y resulta extraño que luego de 500 años y todo lo ocurrido siga gozando de tanto prestigio este tipo de acción. Creo en la libertad de cultos, pero creo también que ella comienza donde termina el reino de la necesidad. El Estado que entrega la salud y la educación indígena a una agrupación religiosa se hace culpable de etnocidio. Los indios, en cuanto ciudadanos, tienen derecho a recibir del Estado esos servicios primordiales, sin tener que pagarlos con la pérdida de identidad y la dependencia paternalista. México, Brasil, Perú y hasta los Estados Unidos separaron a la Iglesia (o las iglesias) de la educación india, pero aquí se contempla indiferente y hasta se aplaude como virtuoso el ataque despiadado a los últimos focos de la resistencia cultural india.

Juan Pablo II, en el discurso que pronunció en Salta el 9 de abril de 1987, sostuvo que el mandato evangelizador abarca todos los pueblos y se extiende hasta el fin del mundo, y que la Iglesia no puede dejar de hacer suya la *celebración* de los 500 años, "porque ella tuvo su propia conquista y debe dar cuenta del mandato de Cristo". En sus esquemas, los conquistadores fueron unos buenos señores que "entraron en contacto" con los indios para celebrar un "encuentro". A los indios les manda que amen los valores de su pueblo, pero que *sobre todo* amen la "gran riqueza" que por querer divino recibieron: la fe cristiana. Se olvida que fue una imposición a sangre y fuego, no un don recibido con alegría, y que fue la Iglesia la que proveyó al genocidio de un fundamento ideológico, como hoy se lo proporciona al etnocidio, al convocar, con motivo de los 500 años, a "una renovada acción evangelizadora", dirigida de hecho a acabar con los principales reductos de nuestra diversidad. A medida que pierde terreno en Europa, la Iglesia Católica mira a América como una nueva tierra de promisión, el soñado paraíso de su fe, y para eso es preciso terminar con otros paraísos tan escandalosos como la Tierra Sin Mal de las mbyá, a la que se busca para no morir, para eternizar la juventud. Cientos de sectas debidamente registradas se lanzan paralelamente sobre estos menguados paraísos primigenios con la patente de corso de la libertad de cultos, disputándose como una jauría los huesos de todo resplandor. Con esta generalización no quiero negar la obra de algunos sacerdotes (pocas golondrinas como para hacer verano) que rechazan el concepto de evangelización en los términos de la Iglesia oficial y están en total desacuerdo con el Papa en la materia, sino tan sólo alertar sobre lo que considero la mayor amenaza para lo que resta de las culturas indígenas. El peligro está allí, y no en los sueños y negocios de la España negra. Y no sólo se trata de los indios. La defensa de la integridad de sus culturas es de fundamental importancia para todos los que anhelan desarrollar aquí una civilización propia, *a partir* de sus fuentes más originales, y no *al margen* de ellas. Para los que piensan que si América fue en un principio nombrada desde allá, hoy debe ser imaginada desde aquí, que debemos ya arriesgarnos a navegar lejos de la costa, a echarnos, como ese almirante alucinado, al *mare tenebrósum*.



VISI
DE LOS V

Por Mig

La *Tragedia del fin de Atahualpa* pudo haber sido escrita hacia fines del siglo XVI y fue recogida por el novelista boliviano Jesús Lara, quien la tradujo del quechua. Es uno de los rastros más notorios de la historia de los vencidos, peleando por la memoria, y demuestra —entre otros datos— que, mientras en España se escribían entremeses, los incas tenían una tradición teatral que in-

En el texto de Chayanta, versión de versiones, construcción teatral destinada antes que nada a conservarse por tradición oral, en *la lengua* nativa, la acción comienza en una mañana cruzada por los presagios de noches anteriores. El Inca llama a las princesas Qhora Chinpu y Qoyllur Tixa y les dice que durante dos noches seguidas el mismo sueño infausto ha venido a turbarlo: el sol envuelto en humo negro, el cielo y las montañas ardiendo en rojo, como en el pecho de unos pájaros. Presiente la muerte. Les dice:

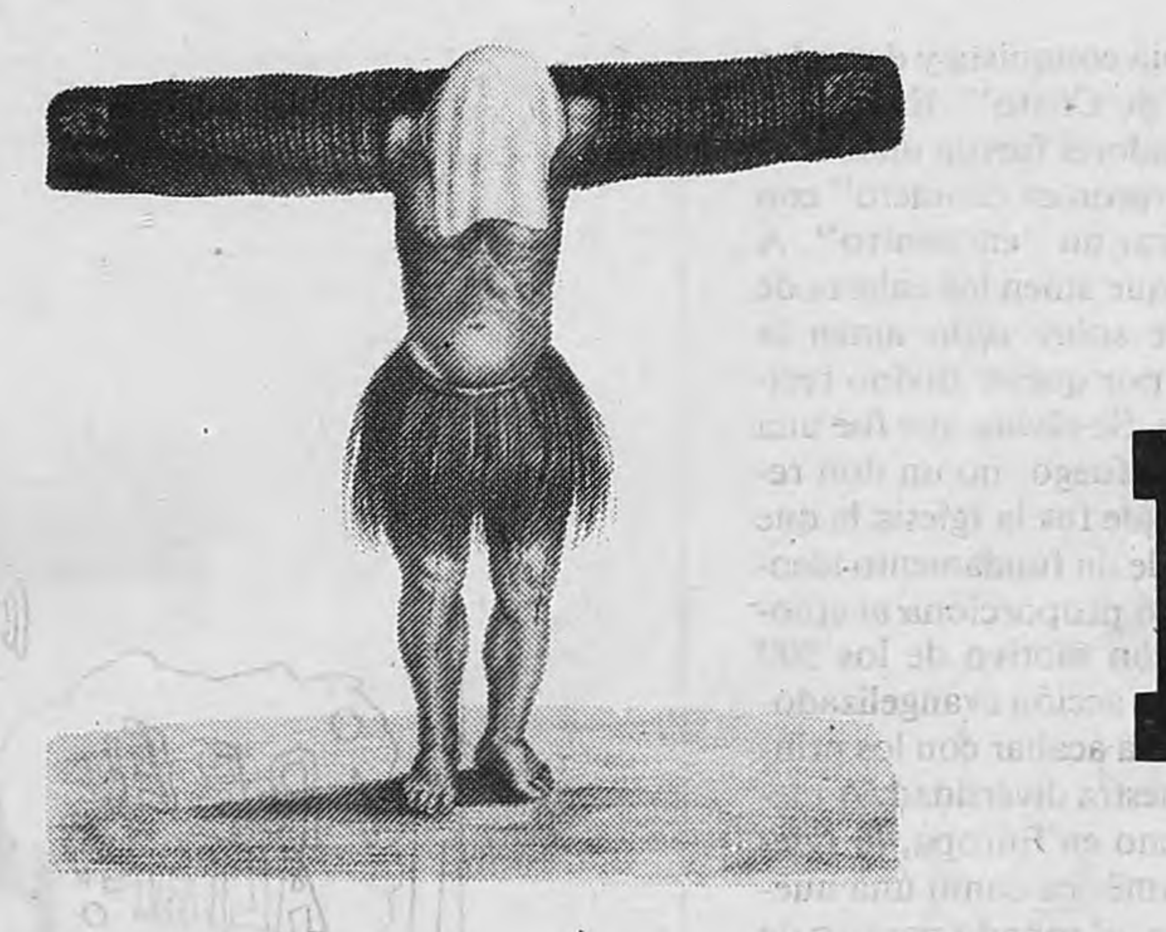
Tiernas princesas mias
nos anega la pena,
amanecemos a la angustia.

Así se torna nuestra vida, agrega Atahualpa y no tardará —acosado por las preguntas de las princesas, que después formarán parte del coro, con esa difícil ubicuidad de los sueños, pesadillas— en explicitar la amenaza: *Hombres vestidos de agresivo hierro/ han de venir a nuestra tierra/ a demoler nuestras viviendas/ a arrebatarme mi dominio.* También Qhora Chinpu ha soñado, y su sueño va más lejos. Esos *hombres cubiertos de irritante hierro/ innumerables han brotado/ como de las entrañas de la tierra,/ han arrasado nuestras casas/ y han saqueado codiciosos los templos de oro/ de todos nuestros dioses.* Qhora Chinpu sugiere llamar al sumo sacerdote, Waylla Wisa, para que desentrañe el sentido del sueño. La intriga se alargará otra vez en el territorio de lo irreal; Atahualpa le pide al sacerdote que vaya a dormir a su morada de oro para interpretar sus sueños con mayor certeza. El sueño ya no tiene barreras; el trasvasamiento de los presagios aumentará la tragedia. El mismo Atahualpa, en un monólogo —mientras el sacerdote duerme— recuerda a su antepasado, Manco Qhápaj, primer Inca, hijo del Sol. Enseguida, hace saber que en esos primeros tiempos, Wiraqucha ya vio a los hombres de hierro, que un día invadirán la tierra de los incas. Comienza —en lo teatral, en lo narrativo, en lo que tantea la historia— el conflicto, el enigma. La pregunta anterior a la batalla es del Inca:

Si habrá razón para pensar que es cierto
que han venido por mí
enemigos de barba roja
que sólo saben de victorias.
Quizás ellos piensen adueñarse
de nuestra tierra
después de darnos muerte.

Está claro, cuando habla el Inca. Vienen por él, pero él es todos. Todos serán él, en la muerte. Como aceptando el destino circunstancial, duda:

Luego veremos y sabremos
si el Sol que purifica y luz da al mundo,
nuestro Padre, querrá alejarse
de nosotros y abandonarnos,
o si al contrario, sin remedio
convertirá en ceniza
a aquellos que han venido codiciosos
de nuestro oro y nuestra plata.



Mientras tanto, Waylla Wisa llega de haber dormido. Ha visto venir a los hombres barbudos, por el mar, en barcos de hierro. El Inca manda al sumo sacerdote a otear el horizonte. Un *anutara* —un oso— lo acompaña. En las lejanías del mar, nada sucede. El hombre vuelve a dormir. Su voz es reemplazada por la del coro; el coro repitiendo el estribillo *Inca mío*, después de cada verso —asegura que los enemigos han llegado y describe así sus armas: *y llevan en las manos/ hondas de hierro extraordinarias/ cuyo poder oculto/ en vez de lanzar piedras/ vomita fuego llameante/. También dibuja en palabras las espuelas; y luego en los pies tienen/ extrañas estrellas de hierro/ que en resplandores se deshacen.* El sumo sacerdote se despierta.

Escribe Jesús Lara: ''Waylla Wisa va en busca del soberano y le informa de su aciago descubrimiento. El Inca se sobrecoge, mas reacciona al punto y asegura que él y sus vasallos serán de todos modos más poderosos que los invasores. Cumpliendo el mandato de él, va el sumo sacerdote al encuentro de los enemigos de barba a fin de cerciorarse del objeto de su presencia en el país. En la obra desempeña un papel poco importante la verdad histórica comúnmente aceptada. De ahí que asistimos a una entrevista entre Waylla Wisa y Almagro. En ella, a la pregunta del sacerdote, Almagro contesta que él y sus compañeros han venido enviados por el señor más poderoso de la tierra y a su vez le interroga quién es el Inca que gobierna este país. Waylla Wisa, constreñido por la situación en que su interlocutor le coloca y aun sin fijarse en que cometerá una irreverencia para con sus dioses, le dice al español si él no sabe que su Inca y único señor es el poderoso Atahualpa, quien tiene poder inclusive sobre el Sol y la Luna y que a su voluntad se hallan sometidos los árboles, las montañas y todos los seres animados; refiere que con su feroz y docil *anutara* (oso), el Inca hace devorar multitudes enteras y que con su honda de oro puede herir a las estrellas. Almagro se apresura a decir que es inútil que se le quiera amedrentar, pues él y los suyos no conocen el miedo. A una nueva pregunta del sacerdote, el español declara que ellos han venido en busca de oro y plata. Salta el padre Valverde y rectifica exclamando que no es así, que ellos han venido con el fin de que aquí se conozca al verdadero Dios''.

Curioso detalle de un horror: el de la distancia —la amenaza— de la otra lengua. Almagro y Valverde, en la escena, sólo mueven los labios, sin emitir sonido. Los traduce Felipillo: *Waylla Wisa, señor que duerme/ este rubio señor te dice*, y larga el mensaje. O: *Este forastero te dice: No hables más de la cuenta/ ni digas palabras insulsas/ Sábelo bien, el miedo es algo que nosotros no conocemos.*

Para que la imposición sea perfecta, Almagro acaba por entregar a Waylla Wisa un mensaje para el Inca.

Escrito, presumiblemente, en un pergamino que los nativos llamarán ''chhallacha'', o ''chala'', el mensaje para los Incas es indescifrable. Esa ilegibilidad lo hace temible: de mano en mano, el mensaje crea la zozobra, la curiosidad. Marca el enfrentamiento. Así describe el sacerdote el papel escrito:

Visto de este costado
es un hervidero de hormigas.
La miro de este otro costado
y se me antojan las huellas que dejan
las patas de los pájaros
en las lodosas orillas del río.
Vista así se parece a los venados
puestos con la cabeza abajo
y las patas arriba.
Y si sólo así la miramos
es semejante a llamas cabizbajas
y cuernos de venado.
Quién comprender esto pudiera.

Uno de los que intenta comprenderlo es el príncipe Sairi Túpaj. Impotente, le dice a Waylla Wisa que ya sabía que debían venir los enemigos, porque cuatro meses antes, también en los sueños, se lo había anunciado la Madre Luna: *Por tres veces me dijo/ que la existencia de nuestro señor/ estaba cerca del fin*, le dice, y entonces:

No tengo para qué ver esta *chala*.
Todo mi ser está abatido.
Ya cae la aflicción sobre nosotros.
Nos llega el día de la desventura.

Como si el presagio estuviera cumplido, aquel que planeó el relato se aferra al enigma. La trama se acentúa en la necesidad del desciframiento. Deciden llevarle la chala al Inca. En el texto conservado hay lagunas, hiatos, vueltas y contravueltas. Atahualpa entrega a Sairi Túpaj su honda, su clava, sus serpientes y el oso y le encomienda —porque es hombre intrépido, señala Lara— ir a encontrarse con el jefe de los enemigos, con Pizarro. Sairi Túpaj le dice: *Antes/ de que vayan a devorarte/ estas serpientes de oro/, piérdete/ regresa a tu tierra/ barbudo enemigo/ hombre rojo.* Pizarro sólo mueve los labios. Sairi Túpaj insiste:

Hombre rojo que ardes como el fuego
y en la quijada lleva densa lana,
me resulta imposible
comprender tu extraño lenguaje.
Yo no sé qué me dices, no lo puedo
saber de ningún modo.
Antes de que mi único señor, mi Inca,
monte en cólera, vete, piérdete.

Pizarro sólo mueve los labios. Felipillo —incomprensible lenguaraz entre dos culturas en choque, imposible traductor de una guerra declarada, de un exterminio— da vuelta el juego con el mismo juego:



VISION DE LOS VENCIDOS

Por Miguel Briante

La *Tragedia del fin de Atahualpa* pudo haber sido escrita hacia fines del siglo XVI y fue recogida por el novelista boliviano Jesús Lara, quien la tradujo del quechua. Es uno de los rastros más notorios de la historia de los vencidos, peleando por la memoria, y demuestra —entre otros datos— que, mientras en España se escribían entremeses, los incas tenían una tradición teatral que incluía la tragedia y la comedia. La obra, que se reseña más abajo, pone al desnudo la verdad del "Encuentro de culturas" y será publicada próximamente en Buenos Aires por Ediciones del Sol, con introducción del mismo Jesús Lara. Está compuesta en verso y en el último de sus veinticuatro folios escritos a dos columnas se leía: "Chayanta, marzo 25 de 1871".



En el texto de Chayanta, versión de versiones, construcción teatral destinada antes que nada a conservarse por tradición oral, en *la lengua* nativa, la acción comienza en una mañana cruzada por los presagios de noches anteriores. El Inca llama a las princesas Qhora Chinpu y Qoyllur Tixa y les dice que durante dos noches seguidas el mismo sueño infausto ha venido a turbarlo: el sol envuelto en humo negro, el cielo y las montañas ardiendo en rojo, como en el pecho de unos pájaros. Presiente la muerte. Les dice:

Tiernas princesas mías
nos anega la pena,
amanecemos a la angustia.

Así se torna nuestra vida, agrega Atahualpa y no tardará —acosado por las preguntas de las princesas, que después formarán parte del coro, con esa difícil ubicuidad de los sueños, pesadillas— en explicitar la amenaza: *Hombres vestidos de agresivo hierro/ han de venir a nuestra tierra/ a demoler nuestras viviendas/ a arrebatarme mi dominio*. También Qhora Chinpu ha soñado, y su sueño va más lejos. Esos *hombres cubiertos de irritante hierro/ innumerables han brotado/ como de las entrañas de la tierra,/ han arrasado nuestras casas/ y han saqueado codiciosos los templos de oro/ de todos nuestros dioses*. Qhora Chinpu sugiere llamar al sumo sacerdote, Waylla Wisa, para que desentrañe el sentido del sueño. La intriga se alargará otra vez en el territorio de lo irreal; Atahualpa le pide al sacerdote que vaya a dormir a su morada de oro para interpretar sus sueños con mayor certeza. El sueño ya no tiene barreras; el trasvasamiento de los presagios aumentará la tragedia. El mismo Atahualpa, en un monólogo —mientras el sacerdote duerme— recuerda a su antepasado, Manco Qhápaj, primer Inca, hijo del Sol. Enseguida, hace saber que en esos primeros tiempos, Wiraqucha ya vio a los hombres de hierro, que un día invadirán la tierra de los incas. Comienza —en lo teatral, en lo narrativo, en lo que tantea la historia— el conflicto, el enigma. La pregunta anterior a la batalla es del Inca:

Si habrá razón para pensar que es cierto
que han venido por mí
enemigos de barba roja
que sólo saben de victorias.
Quizás ellos piensen adueñarse
de nuestra tierra
después de darnos muerte.

Está claro, cuando habla el Inca. Vienen por él, pero él es todos. Todos serán él, en la muerte. Como aceptando el destino circunstancial, duda:

Luego veremos y sabremos
si el Sol que purifica y luz da al mundo,
nuestro Padre, querrá alejarse
de nosotros y abandonarnos,
o si al contrario, sin remedio
convertirá en ceniza
a aquellos que han venido codiciosos
de nuestro oro y nuestra plata.

Mientras tanto, Waylla Wisa llega de haber dormido. Ha visto venir a los hombres barbudos, por el mar, en barcos de hierro. El Inca manda al sumo sacerdote a otear el horizonte. Un *anutara* —un oso— lo acompaña. En las lejanías del mar, nada sucede. El hombre vuelve a dormir. Su voz es reemplazada por la del coro; el coro repitiendo el estribillo *Inca mío,* después de cada verso —asegura que los enemigos han llegado y describe así sus armas: *y llevan en las manos/ hondas de hierro extraordinarias/ cuyo poder oculto/ en vez de lanzar piedras/ vomita fuego llameante/. También dibuja en palabras las espuelas; y luego en los pies tienen/ extrañas estrellas de hierro/ que en resplandores se deshacen*. El sumo sacerdote se despierta.

Escribe Jesús Lara: "Waylla Wisa va en busca del soberano y le informa de su aciago descubrimiento. El Inca se sobrecoge, mas reacciona al punto y asegura que él y sus vasallos serán de todos modos más poderosos que los invasores. Cumpliendo el mandato de él, va el sumo sacerdote al encuentro de los enemigos de barba a fin de cerciorarse del objeto de su presencia en el país. En la obra desempeña un papel poco importante la verdad histórica comúnmente aceptada. De ahí que asistimos a una entrevista entre Waylla Wisa y Almagro. En ella, a la pregunta del sacerdote, Almagro contesta que él y sus compañeros han venido enviados por el señor más poderoso de la tierra y a su vez le interroga quién es el Inca que gobierna este país. Waylla Wisa, constreñido por la situación en que su interlocutor le coloca y aun sin fijarse en que cometerá una irreverencia para con sus dioses, le dice al español si él no sabe que su Inca y único señor es el poderoso Atahualpa, quien tiene poder inclusive sobre el Sol y la Luna y que a su voluntad se hallan sometidos los árboles, las montañas y todos los seres animados; refiere que con su feroz y docil *anutara* (oso), el Inca hace devorar multitudes enteras y que con su honda de oro puede herir a las estrellas. Almagro se apresura a decir que es inútil que se le quiera amedrentar, pues él y los suyos no conocen el miedo. A una nueva pregunta del sacerdote, el español declara que ellos han venido en busca de oro y plata. Salta el padre Valverde y rectifica exclamando que no es así, que ellos han venido con el fin de que aquí se conozca al verdadero Dios".

Curioso detalle de un horror: el de la distancia —la amenaza— de la otra lengua. Almagro y Valverde, en la escena, sólo mueven los labios, sin emitir sonido. Los traduce Felipillo: *Waylla Wisa, señor que duerme/ este rubio señor te dice*, y larga el mensaje. O: *Este forastero te dice: No hables más de la cuenta/ ni digas palabras insulsas/ Sábelo bien, el miedo es algo que nosotros no conocemos*.

Para que la imposición sea perfecta, Almagro acaba por entregar a Waylla Wisa un mensaje para el Inca.

Escrito, presumiblemente, en un pergamino que los nativos llamarán "chhallacha", o "chala", el mensaje para los Incas es indescifrable. Esa ilegibilidad lo hace temible: de mano en mano, el mensaje crea la zozobra, la curiosidad. Marca el enfrentamiento. Así describe el sacerdote el papel escrito:

Visto de este costado
es un hervidero de hormigas.
La miro de este otro costado
y se me antojan las huellas que dejan
las patas de los pájaros
en las lodosas orillas del río.
Vista así se parece a los venados
puestos con la cabeza abajo
y las patas arriba.
Y si sólo así la miramos
es semejante a llamas cabizbajas
y cuernos de venado.
Quién comprender esto pudiera.

Uno de los que intenta comprenderlo es el príncipe Sairi Túpaj. Impotente, le dice a Waylla Wisa que ya sabía que debían venir los enemigos, porque cuatro meses antes, también en los sueños, se lo había anunciado la Madre Luna: *Por tres veces me dijo/ que la existencia de nuestro señor/ estaba cerca del fin*, le dice, y entonces:

No tengo para qué ver esta *chala*.
Todo mi ser está abatido.
Ya cae la aflicción sobre nosotros.
Nos llega el día de la desventura.

Como si el presagio estuviera cumplido, aquel que planeó el relato se aferra al enigma. La trama se acentúa en la necesidad del desciframiento. Deciden llevarle la chala al Inca. En el texto conservado hay lagunas, hiatos, vueltas y contravueltas. Atahualpa entrega a Sairi Túpaj su honda, su clava, sus serpientes y el oso y le encomienda —porque es hombre intrépido, señala Lara— ir a encontrarse con el jefe de los enemigos, con Pizarro. Sairi Túpaj le dice: *Antes/ de que vayan a devorarte/ estas serpientes de oro/, piérdete/ regresa a tu tierra/ barbudo enemigo/ hombre rojo*. Pizarro sólo mueve los labios. Sairi Túpaj insiste:

Hombre rojo que ardes como el fuego
y en la quijada lleva densa lana,
me resulta imposible
comprender tu extraño lenguaje.
Yo no sé qué me dices, no lo puedo
saber de ningún modo.
Antes de que mi único señor, mi Inca,
monte en cólera, vete, piérdete.

Pizarro sólo mueve los labios. Felipillo —incomprensible lenguaraz entre dos culturas en choque, imposible traductor de una guerra declarada, de un exterminio— da vuelta el juego con el mismo juego:

Sairi Túpaj, Inca que manda,
este rubio señor te dice:
"¿Qué necedades vienes
a decirme, pobre salvaje?
Me es imposible comprender
tu oscuro idioma".

Y ahí se anuncia que Pizarro quiere algo más que el oro; quiere la cabeza del Inca *o bien su insignia real, para que la vea/ el poderoso señor, rey de España*. Entonces es Sairi Túpaj el que no entiende y propone que Pizarro se encuentre con el Inca. Se adelanta, le anuncia al Inca:

Te toca a ti, único señor, mi Inca,
como poderoso que eres,
verte y hablar de igual a igual con él,
acaso tú desentrañar pudieras
ese su atronador idioma.
Yo no he podido comprenderlo,
hombres barbudos y agresivos
manchando de rojo el trayecto
hacia aquí se dirigen.

Casi sin transición llega Pizarro. El Inca pregunta: *¿Barbudo enemigo, hombre rojo/ de dónde llegas extraviado?/ ¿a qué has venido?/ ¿qué viento te ha traído?/ ¿qué es lo que quieres/ aquí en mi casa/ aquí en mi tierra*. Le hace notar a Pizarro que no lo abrasó el fuego del sol, ni lo atravesó el frío, que el océano no se cerró sobre él, pero que, mejor, se vaya volviendo:

Vete, regresa a tu país
antes de que levante ésta mi clava
de oro y vaya a terminar contigo.
Enemigo barbudo, ya te he dicho
que a tu tierra te vayas.

Pizarro esgrime furiosos ademanes, que Felipillo traduce. Le dice al señor Inca Atahualpa que ese señor que manda le dice: *Te concedo un instante/ a fin de que te alistes/ y te despidas/ de estos prójimos tuyos*. Y que se prepare, pero lo llevan a Barcelona. Entonces habla Sairi Túpaj mientras están maniatando al Inca:

El nació libre y suelto
igual que el venado.
El es tan fuerte como el puma.
Otro hombre tan notable
y generoso como él no existe.

Pero Pizarro sólo mueve los labios. Felipillo traduce: se lo tienen que llevar. El Inca pregunta por qué se encoleriza Pizarro si él está en sus manos, *"a tus pies bajo tu dominio"*. Entonces cantan las princesas:

Unico señor, Atahualpa
  Inca mío,
el barbubo enemigo te encadena,
  Inca mío,
para acabar con tu existencia
  Inca mío,
para usurparte tus dominios.
El barbudo enemigo tiene,
  Inca mío,
el corazón ansioso de oro y plata.
y proponen entregar todo, al instante, Inca mío.

Pizarro sólo mueve los labios. Atahualpa le ofrece todo: *"Si oro y plata deseas/ te los pondré inmediatamente/ hasta cubrir todo el paraje/ que abarque el tiro de mi honda"*. Pizarro sólo mueve los labios. Pero Felipillo traduce. Pizarro quiere que recubran la llanura de oro y plata. Sairi Túpaj dice que sí. Pizarro sólo mueve los labios. Felipillo traduce. Se trata de llevar la cabeza, o por lo menos la insignia imperial del Inca para que la vea el soberano español. Escribe Lara: "Entonces, el cautivo pide que le permita lamentar su infortunio. En efecto, la escena que viene luego es toda una culminación de la tragedia. El Inca sabe que tiene que morir y va entregando a las princesas y a los dignatarios sus insignias de oro. Ellas no sólo serán un recuerdo del *sapan apu* (único señor) sino que los confortarán y darán ánimo cuando los enemigos barbudos hayan acabado de adueñarse del país. Los vasallos reciben las insignias con palabras que pintan vivamente la inmensidad de la desgracia que va cayendo sobre ellos. Unos no saben qué será de ellos cuando su señor haya dejado de ver la luz. Otros se refugiarán en el seno de la montaña, otros en el seno del mar. Inkaj Churin, que es el que con mayor intensidad sufre el peso de su desventura, preferiría morir a fin de morar con el Padre Sol de igual modo que los antiguos Incas; pero Atahualpa le pide que se retire a Willkapanpa con su parentela y sus vasallos, y el joven promete cumplir con el deseo de su padre". Presagio del mañana, ese hijo es el que después —ahora— andará buscando su tierra en la tierra arrasada por el conquistador. Antes, Atahualpa ha dicho:

Hombres barbudos, enemigos
de hoy en adelante,
mucho tendréis que padecer;
el oro y la plata que hubiere
escóndanse en la entraña de la piedra
y si sobrase un algo
conviértase en ceniza.
Ocúltate, opulencia,
pobreza, hazte presente.

Shakespeare, seguro, no hubiera desdeñado esta grandeza, este lamento que va anunciando, despacio, la tremenda maldición que el Inca, a punto de morir, deja a los españoles. La tragedia ya ha tenido un fin; es inútil que el padre Valverde —por boca de Felipillo— desate un largo sermón catequístico, esgrimiendo el agua del bautismo y ofreciéndole al Inca el consuelo cristiano —último avasallamiento— de la confesión. Le mostrará la Biblia. Atahualpa dirá que la Biblia no le dice nada. Valverde lo acusará de blasfemo. Pedirá el castigo. Pizarro sólo moverá los labios. Los abrirá recién en la corte, en Barcelona, cuando el rey de España lo reciba, con Almagro, acusándolo de codicia y condenándolo por su crimen:

Id a entregarlo al fuego y que perezca
y con él su descendencia toda.

Para cumplir —en la esperanza de los autores de la obra, que no cesa de darse en quechua, en los pueblos bolivianos— la gran maldición.

MALDICION DEL INCA

Enemigo de barba, wiraqucha,
yo no he ido a ninguna parte,
yo no acostumbro presagiar
la desgracia de nadie.
En este memorable día
me arrebatas la vida;
mas viviré en tu pensamiento;
llevarás la mancilla de mi sangre
eternamente.
Jamás podrán mis súbditos
posar en ti los ojos.

¿Y todas mis criaturas
encontrarán bien lo que has hecho?
Y aún el ave que no tiene
sentimiento, doquiera
te augurará desgracias.
Y caminarás sin reposo,
y adversarios feroces
te destrozarán con sus manos,
y has de tener que maldecir
la condición inconmovible
de mi poder, eternamente.



La resistencia de la memoria

Jesús Lara, novelista boliviano y estudioso del pasado quechua, narra que en un capítulo de *Valle*, novela costumbrista de Mariano Azuela, se describe —en mitad de la fiesta patronal de un pueblo de los valles de Cochabamba— la representación, hecha por una comparsa, de un episodio histórico relacionado con la caída del Inca Atahualpa en manos de los conquistadores españoles. El poder de los detalles, la calidad de los diálogos, hizo sospechar a Lara que se trataba de una obra teatral cuyo texto había atravesado los siglos. Un día de setiembre de 1952 vio una pequeña hoja impresa con propaganda teatral. "Un conjunto de ciudadanos venido de la provincia de Charcas, Potosí —escribiría después Lara— anunciaba la representación de un *Relato del Inca* en un teatro de la ciudad". Fue la pista que lo llevó, por fin, al texto de *La tragedia del fin de Atahualpa.* Ese encuentro ayudó a Lara a develar algunos costados oscuros del teatro de los incas, que la bibliografía colonial había olvidado. Acomodando las piezas —entre lo escrito y lo que se va descubriendo— se puede inferir que los incas tenían tragedias *(wancas)*, que contaban las hazañas y grandezas "de los reyes pasados y otros heroicos varones", y comedias *(aranway)* que tomaban "temas de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares". El español Nicolás Martínez Arzanz y Vela, en su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, describe espectáculos que vio hacia 1555, y se exalta ante el recuerdo de los valiosos decorados, lo vistoso de los trajes y la originalidad de los argumentos. Cuando llegaron los españoles, en el primer tercio del siglo XVI, enfrentados a la tradición inca descubrieron que no tenían —allá, en su país imperial— teatro propiamente dicho. Así que decretaron sustituir las obras quechuas por sus aburridos autos sacramentales, ya que no podían extinguir la tradición dramática de los pueblos que habían venido a "civilizar". Pero las viejas obras se siguieron representando. Tanto que en 1781, el visitador general José Antonio de Areche, al dictar sentencia contra Túpac Amaru, prohibió, de paso, la representación de comedias, como también otras actividades "que los indios celebran en memoria de los incas".

Versiones diversas de ese teatro, incluido el texto rescatado en Chayanta por Lara, se representan todavía en los pueblos de Bolivia, donde la pobreza hace que las mujeres —y las actrices que deben representar a las antiguas princesas— usen anteojos de sol como señal de distinción y riqueza para recuperar, aunque sea en lo simbólico, aquel pasado que los textos van dando a la memoria de una nación sometida. Y en esos textos —donde campea el dolor y la ternura—, poesía sigue latiendo hasta en los nombres. Es el caso de esta obra. Waylla Wiza quiere decir "señor que sabe dormir", el mismo Atahualpa llama a ese personaje "hábil mago". Y el nombre del monarca, en quechua, se descompone en dos palabras: *Atau*, que es gloria, honor marcial, y *wallpa*, del verbo *wallpay*, que quiere decir crear, o simplemente "hacer cosas nuevas".

ON
ENCIDOS

l Briante

cluía la tragedia y la comedia. La obra, que se reseña más abajo, pone al desnudo la verdad del "Encuentro de culturas" y será publicada próximamente en Buenos Aires por Ediciones del Sol, con introducción del mismo Jesús Lara. Está compuesta en verso y en el último de sus veinticuatro folios escritos a dos columnas se leía: "Chayanta, marzo 25 de 1871".

Sairi Túpaj, Inca que manda,
este rubio señor te dice:
"¿Qué necedades vienes
a decirme, pobre salvaje?
Me es imposible comprender
tu oscuro idioma".

Y ahí se anuncia que Pizarro quiere algo más que el oro; quiere la cabeza del Inca *o bien su insignia real, para que la vea/ el poderoso señor, rey de España*. Entonces es Sairi Túpaj el que no entiende y propone que Pizarro se encuentre con el Inca. Se adelanta, le anuncia al Inca:

Te toca a ti, único señor, mi Inca,
como poderoso que eres,
verte y hablar de igual a igual con él,
acaso tú desentrañar pudieras
ese su atronador idioma.
Yo no he podido comprenderlo,
hombres barbudos y agresivos
manchando de rojo el trayecto
hacia aquí se dirigen.

Casi sin transición llega Pizarro. El Inca pregunta: *¿Barbudo enemigo, hombre rojo/ de dónde llegas extraviado?/ ¿a qué has venido?/ ¿qué viento te ha traído?/ ¿qué es lo que quieres/ aquí en mi casa/ aquí en mi tierra*. Le hace notar a Pizarro que no lo abrasó el fuego del sol, ni lo atravesó el frío, que el océano no se cerró sobre él, pero que, mejor, se vaya volviendo:

Vete, regresa a tu país
antes de que levante ésta mi clava
de oro y vaya a terminar contigo.
Enemigo barbudo, ya te he dicho
que a tu tierra te vayas.

Pizarro esgrime furiosos ademanes, que Felipillo traduce. Le dice al señor Inca Atahualpa que ese señor que manda le dice: *Te concedo un instante/ a fin de que te alistes/ y te despidas/ de estos prójimos tuyos*. Y que se prepare, pero lo llevan a Barcelona. Entonces habla Sairi Túpaj mientras están maniatando al Inca:

El nació libre y suelto
igual que el venado.
El es tan fuerte como el puma.
Otro hombre tan notable
y generoso como él no existe.

Pero Pizarro sólo mueve los labios. Felipillo traduce: se lo tienen que llevar. El Inca pregunta por qué se encoleriza Pizarro si él está en sus manos, *"a tus pies bajo tu dominio"*. Entonces cantan las princesas:

Unico señor, Atahualpa
Inca mío,
el barbubo enemigo te encadena,
Inca mío,
para acabar con tu existencia
Inca mío,
para usurparte tus dominios.
El barbudo enemigo tiene,
Inca mío,
el corazón ansioso de oro y plata.
y proponen entregar todo, al instante, Inca mío.

Pizarro sólo mueve los labios. Atahualpa le ofrece todo: *"Si oro y plata deseas/ te los pondré inmediatamente/ hasta cubrir todo el paraje/ que abarque el tiro de mi honda"*. Pizarro sólo mueve los labios. Pero Felipillo traduce. Pizarro quiere que recubran la llanura de oro y plata. Sairi Túpaj dice que sí. Pizarro sólo mueve los labios. Felipillo traduce. Se trata de llevar la cabeza, o por lo menos la insignia imperial del Inca para que la vea el soberano español. Escribe Lara: "Entonces, el cautivo pide que le permita lamentar su infortunio. En efecto, la escena que viene luego es toda una culminación de la tragedia. El Inca sabe que tiene que morir y va entregando a las princesas y a los dignatarios sus insignias de oro. Ellas no sólo serán un recuerdo del *sapan apu* (único señor) sino que los confortarán y darán ánimo cuando los enemigos barbudos hayan acabado de adueñarse del país. Los vasallos reciben las insignias con palabras que pintan vivamente la inmensidad de la desgracia que va cayendo sobre ellos. Unos no saben qué será de ellos cuando su señor haya dejado de ver la luz. Otros se refugiarán en el seno de la montaña, otros en el seno del mar. Inkaj Churin, que es el que con mayor intensidad sufre el peso de su desventura, preferiría morir a fin de morar con el Padre Sol de igual modo que los antiguos Incas; pero Atahualpa le pide que se retire a Willkapampa con su parentela y sus vasallos, y el joven promete cumplir con el deseo de su padre". Presagio del mañana, ese hijo es el que después —ahora— andará buscando su tierra en la tierra arrasada por el conquistador. Antes, Atahualpa ha dicho:

Hombres barbudos, enemigos
de hoy en adelante,
mucho tendréis que padecer;
el oro y la plata que hubiere
escóndanse en la entraña de la piedra
y si sobrase un algo
conviértase en ceniza.
Ocúltate, opulencia,
pobreza, hazte presente.

Shakespeare, seguro, no hubiera desdeñado esta grandeza, este lamento que va anunciando, despacio, la tremenda maldición que el Inca, a punto de morir, deja a los españoles. La tragedia ya ha tenido un fin; es inútil que el padre Valverde —por boca de Felipillo— desate un largo sermón catequístico, esgrimiendo el agua del bautismo y ofreciéndole al Inca el consuelo cristiano —último avasallamiento— de la confesión. Le mostrará la Biblia. Atahualpa dirá que la Biblia no le dice nada. Valverde lo acusará de blasfemo. Pedirá el castigo. Pizarro sólo moverá los labios. Los abrirá recién en la corte, en Barcelona, cuando el rey de España lo reciba, con Almagro, acusándolo de codicia y condenándolo por su crimen:

Id a entregarlo al fuego y que perezca
y con él su descendencia toda.

Para cumplir —en la esperanza de los autores de la obra, que no cesa de darse en quechua, en los pueblos bolivianos— la gran maldición.



MALDICION DEL INCA

Enemigo de barba, wiraqucha,
yo no he ido a ninguna parte,
yo no acostumbro presagiar
la desgracia de nadie.
En este memorable día
me arrebatas la vida;
mas viviré en tu pensamiento;
llevarás la mancilla de mi sangre
eternamente.
Jamás podrán mis súbditos
posar en ti los ojos.

¿Y todas mis criaturas
encontrarán bien lo que has hecho?
Y aún el ave que no tiene
sentimiento, doquiera
te augurará desgracias.
Y caminarás sin reposo,
y adversarios feroces
te destrozarán con sus manos,
y has de tener que maldecir
la condición inconmovible
de mi poder, eternamente.

La resistencia de la memoria

Jesús Lara, novelista boliviano y estudioso del pasado quechua, narra que en un capítulo de *Valle*, novela costumbrista de Mariano Azuela, se describe —en mitad de la fiesta patronal de un pueblo de los valles de Cochabamba— la representación, hecha por una comparsa, de un episodio histórico relacionado con la caída del Inca Atahualpa en manos de los conquistadores españoles. El poder de los detalles, la calidad de los diálogos, hizo sospechar a Lara que se trataba de una obra teatral cuyo texto había atravesado los siglos. Un día de setiembre de 1952 vio una pequeña hoja impresa con propaganda teatral. "Un conjunto de ciudadanos venido de la provincia de Charcas, Potosí —escribiría después Lara— anunciaba la representación de un *Relato del Inca* en un teatro de la ciudad". Fue la pista que lo llevó, por fin, al texto de *La tragedia del fin de Atahualpa*. Ese encuentro ayudó a Lara a develar algunos costados oscuros del teatro de los incas, que la bibliografía colonial había olvidado. Acomodando las piezas —entre lo escrito y lo que se va descubriendo— se puede inferir que los incas tenían tragedias *(wancas)*, que contaban las hazañas y grandezas "de los reyes pasados y otros heroicos varones", y comedias *(aranway)* que tomaban "temas de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares". El español Nicolás Martínez Arzanz y Vela, en su *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, describe espectáculos que vio hacia 1555, y se exalta ante el recuerdo de los valiosos decorados, lo vistoso de los trajes y la originalidad de los argumentos. Cuando llegaron los españoles, en el primer tercio del siglo XVI, enfrentados a la tradición inca descubrieron que no tenían —allá, en su país imperial— teatro propiamente dicho. Así que decretaron sustituir las obras quechuas por sus aburridos autos sacramentales, ya que no podían extinguir la tradición dramática de los pueblos que habían venido a "civilizar". Pero las viejas obras se siguieron representando. Tanto que en 1781, el visitador general José Antonio de Areche, al dictar sentencia contra Túpac Amaru, prohibió, de paso, la representación de comedias, como también otras actividades "que los indios celebran en memoria de los incas".

Versiones diversas de ese teatro, incluido el texto rescatado en Chayanta por Lara, se representan todavía en los pueblos de Bolivia, donde la pobreza hace que las mujeres —y las actrices que deben representar a las antiguas princesas— usen anteojos de sol como señal de distinción y riqueza para recuperar, aunque sea en lo simbólico, aquel pasado que los textos van dando a la memoria de una nación sometida. Y en esos textos —donde campea el dolor y la ternura—, poesía sigue latiendo hasta en los nombres. Es el caso de esta obra. Waylla Wiza quiere decir "señor que sabe dormir", el mismo Atahualpa llama a ese personaje "hábil mago". Y el nombre del monarca, en quechua, se descompone en dos palabras: *Atau*, que es gloria, honor marcial, y *wallpa*, del verbo *wallpay*, que quiere decir crear, o simplemente "hacer cosas nuevas".



ESPAÑA, LA IRA DE DIOS

Como pasa con todos los acontecimientos que se organizan con grandilocuencia y anticipación, los festejos del quinto centenario de la llegada de los españoles al continente americano generaron no pocos conflictos en la Madre Patria. Por un lado, están los que sostienen la importancia del prestigio que España va a obtener en tan magna circunstancia; por otro, hay los que se oponen a festejar una conquista hecha a sangre y fuego y, finalmente, muchos critican acerbamente festejos que, dicen, sólo van a servir para mostrar lo que ellos designan como mediocridad española.

En este último grupo de opositores frenéticos hay que ubicar sin duda al español Vázquez de Sola, autor del volumen intitulado, no sin nitidez, *Me cago en el Quinto Centenario*, publicado en Madrid y del que se reproducen en esta página los capítulos V y VI. Para justificar su rigor, el dibujante escribe en la introducción del libro: "En este Quinto Centenario del Descubrimiento, lo que verdaderamente estamos descubriendo es el fondo mismo del ridículo: los abismos esperpénticos en los que se puede caer cuando la más estúpida demagogia toma las riendas del poder, impotente para gobernar por derecho, Olimpíadas comprendidas, como antes en Berlín, ahora en Seúl y luego en Barcelona (...) Cuando el oportunismo político, culpable de estafa en el referéndum fraudulento sobre la permanencia de España en la OTAN, obliga al gobierno a dorarnos la píldora de la permanencia *reforzada* de las tropas de ocupación estadounidense en nuestro país, presentándonos a los Morteamericanos como asociados en la aventura del Descubrimiento, comete así un nuevo fraude histórico".

Más mesurado que Vázquez de Sola, pero no menos contundente, es el escritor Rafael Sánchez Ferlosio, autor de *El Jarama* y tenido, con justicia, como uno de los mejores narradores españoles de la posguerra. Ferlosio fue uno de los primeros en criticar los planes para 1992. "Me atormenta la idea de esa celebración porque me parece que es una regresión ideológica y espiritual gravísima". Para el escritor, la fecha que cuestiona es nefasta "porque ha llegado la hora de ahorcar la historia universal. Lo único que se puede hacer con ella es enterrarla de una vez por todas, no celebrar su cumpleaños. Los pueblos corrompidos por el consumo no se dan cuenta de que ese V Centenario va a ser presentado como un espectáculo publicitario, de falsa alegría y de magnificación". Cuando alguien argumenta que los festejos que él desprecia van a beneficiar económicamente a España, Ferlosio tampoco se queda callado: "Tiene que ser una economía muy malsana aquella que recurre a eso que yo llamo el cuarto sector. Porque los Disneylandia y esos grandes tinglados deportivos tienen un modo de devolver beneficios y arriesgar capitales muy particular. Es una economía vacía. Las personas que vayan allí van a comprar bazofia cultural e ideológica. Y pueden hacer mucho daño".

Los conceptos de Sánchez Ferlosio son suscriptos por una buena parte de la joven intelectualidad española. Para Jesús Ferrero —autor de la exitosa novela *Belver Yin*— toda la parafernalia publicitaria que va a desembocar en los juegos olímpicos de Barcelona y en Madrid capital cultural de Europa sólo sirve para distraer la atención de los españoles de sus verdaderos problemas. La oposición está prolijamente organizada y es frecuente leer sus manifiestos en la prensa española.

Los partidarios de los festejos, por su parte, invalidan las críticas de los opositores con una argumentación sencilla: "Todo lo que dicen —subrayan— no es otra cosa que palos sin sentido al gobierno socialista".

De cualquier forma, no faltan quienes señalan que las contradicciones en torno del descubrimiento de América vienen desde siempre. No se puede olvidar que —además de la gloriosa fe católica— el Viejo Mundo exportó productos tan disímiles como la sífilis y el noble caballo.



Debidamente equipado y en tan buena compañía zarpa nuestro amigo Colón rumbo a las tierras incógnitas.

Varios meses de navegación, hombres solos y el dulce balanceo de barcos con nombres tan evocadores, eróticamente hablando, como "la niña", "la pinta" y "la María", por muy santa que ésta fuera, no era lo más adecuado para contener los ímpetus viriles de la marinería y la soldadesca, sin contar el clero, cuyos votos de castidad no merma los instintos de la carne. Luego, el aspecto equívoco de don Cristóbal, con su melenita, sus medias y su faldita corta, barbilampiño...

Aquí debo volver, sin romper el hilo de mi historia, a los orígenes del nombre de Colón: algunos historiadores —debo decir que poco escrupulosos en su búsqueda de fuentes de información— aseguran que el nombre de Colón no es un patronímico, sino el "malnombre", alias, mote con el que se apodó al sufrido, y abnegado, y solidario, y cariñoso navegante. Si así le motejaron sus hombres —nunca mejor utilizada esta palabra—, fue en el sentido de colar, de introducir, de meter, de deslizar con facilidad...

Repito que si evoco esta teoría es sólo por mi afán de explicar todo, pero no creo en absoluto en la veracidad de la aserción.

¿QUE

Doce de octubre y quinto centenario: un mismo tema. Los cinco siglos del arribo de Colón no se han cumplido, la recordación está lanzada. Las maneras de memorar el evento serán disímiles: algunos festejarán con fuegos de artificio, otros renovarán el dolor, un dolor no extinguido. Vengamos a los nativos, a los múltiples pueblos cuyas diferencias quedaron subsumidas abusivamente bajo la común denominación de indios americanos; indios que nada tenían que ver con la India, sí con el Asia remota de donde habían ingresado sus ancestros por tierra y por mar. Vengamos a sus comunidades y familias repentinamente conmovidas y frecuentemente arruinadas por el furor del conquistador, incluido el furor virósico que acarreó en su cuerpo y sorprendió inermes a los nativos. Observemos los suicidios en masa, las dispersiones en la montaña y la selva, el horror frente a los perros feroces —destrozadores de carne humana—, el espanto frente al rayo de fuego y el cañón demoledor y estruendoso. Observemos el desmoronar de un sistema de vida, de relaciones interhumanas y estructuras familiares, de modalidades variadísimas de un existir en libertad o en opresión. Advirtamos lo que pudo significar el fracaso de los dioses antiguos, el revelarse impotentes para contener el embate que bajaba de barquichuelos que a los habitantes de este continente debían semejar maravillas y milagros. Acerquemos el ojo a ricas agriculturas destruidas, a acequias cegadas, a fastuosas urbes y fastuosos monumentos que debían transformarse en ruinas, en testimonios lacerantes de un pasado hundido en la espesura del tiempo. Veamos el destino de la poesía y el teatro, condenados en el mejor de los casos a un muy parcial rescate en lengua extraña, el castellano. Preguntemos por el saber sobre plantas y animales y piedras, sobre la tierra y el agua, las estaciones y las estrellas. Preguntemos por las vastas, complejas concepciones sobre el cosmos, el origen de los hombres y las cosas, sobre los dioses y el entero mundo natural. Interroguemos sobre el destino de los 80 a 100 millones de habitantes del continente en el momento de la conquista, reducidos a partir de 1570 y hasta 1720-1730 a apenas 10 millones, según lo anota Pierre Chaunu a partir de los magníficos trabajos de Borah, Cook, Sauer y otros investigadores. Indaguemos sobre todo aquello que hoy pueden indagar los descendientes de aquellos que fueron mal llamados indios y americanos.

Se dirá: los conquistadores, los colonos, no eran unos santos; eran hombres que venían de una historia que los había conformado. ¿Es posible olvidar que los ibéricos —españoles y portugueses— eran el producto de guerras varias veces seculares, de la brutal intolerancia que les costaría tan caro como perder a moros y judíos, de la miseria a que los poderosos habían condenado la península, de la explotación y el hambre y un cielo sin horizontes, a menos que tomemos por tales las opacidades de un futuro tan plomizo como el presente que pintó Quevedo? España, tierra de desesperados y mendigos, de muertos de hambre y trapaceros, no podía enviar otra gente que aquella que tenía. Pero seamos veraces. No anduvieron escasos los varones justos, laicos y asotanados, que pasaron a estas tierras y clamaron contra los horrores. Pero la tónica la dieron los otros: los que vinieron a ser más, a ser lo que no podían ser en España.

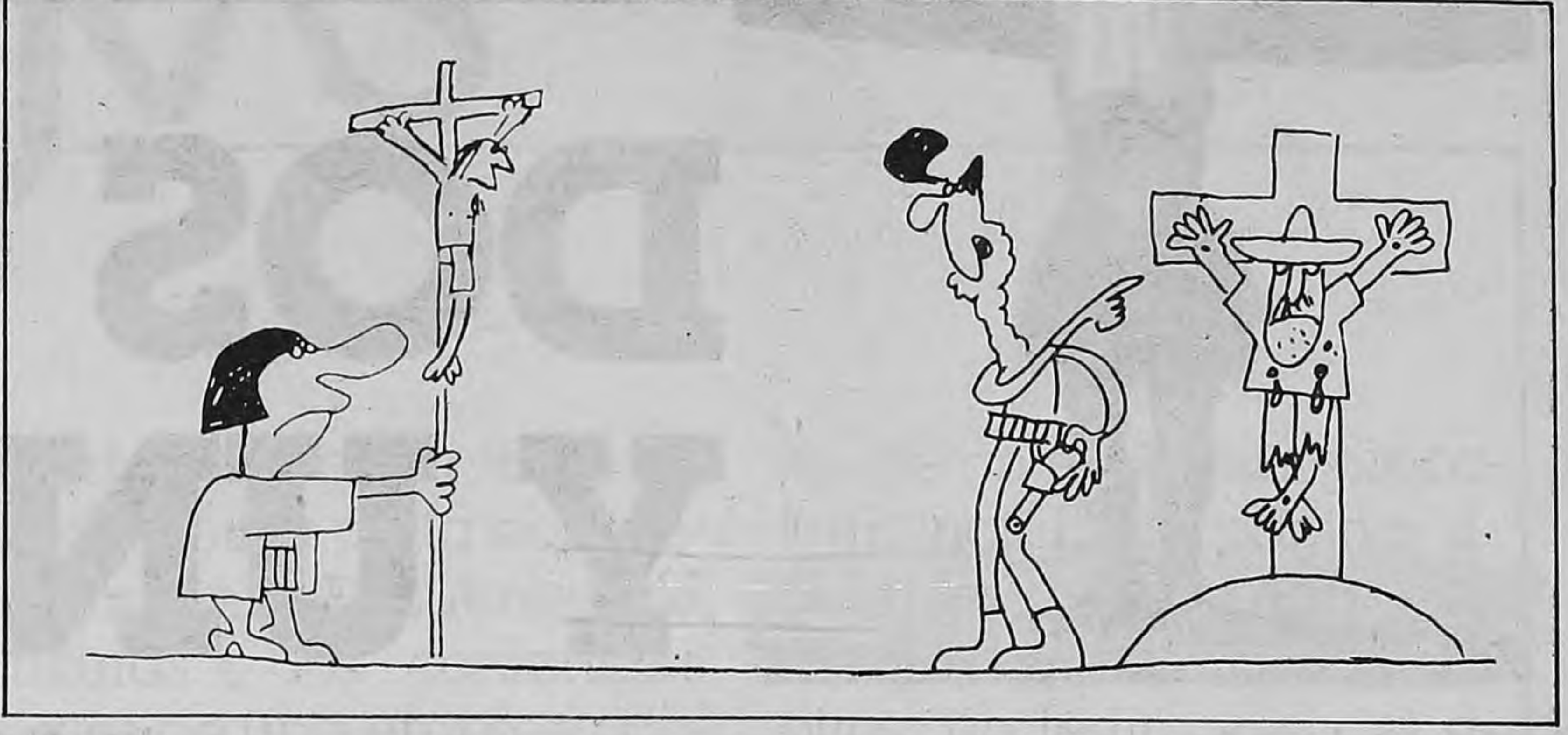
Vinieron con ilusiones infinitas, con imá-



Algún experto en ornitología ha creído reconocer entre estos depredadores al ***Nixonitus Watergatius***, al ***Johnsonius Coreanus***, al ***Carteribus Vietnamitam*** (el ***Kennedius Bahiacochonus*** se marchó volando), al ***Fordius Tontolculus*** y al ***Reaganinus Sanguinarius***, este último fácilmente reconocible por su ridícula cresta.

Al cabo de días, semanas y meses de navegación, sin más horizonte que los azules turquesa del mar y añil del cielo, viéronse aparecer los primeros pajarracos, heraldos anunciadores de la proximidad de nuevas tierras, al alcance de la mano.

Colón sintió como un escalofrío al ver sus facies...



El doce de octubre pusieron el pie y la cruz en el nuevo mundo todos los pendones que venían de Castilla. A la primera tierra que salvaron de la ignorancia le pusieron, naturalmente, San Salvador.



Aún dura la salvación, con la ayuda de Dios y del cacique Duarte.

CELEBRAR?

Por León Pomer

genes preconcebidas sobre fantasmagóricas riquezas y seres de cuya humanidad cabía dudar porque era dudoso que tuvieran alma. Hasta que los sabios decretaron que la tenían. El imaginario de los ibéricos, sus fantasmas y visiones: producto de una historia propia y de una más abarcante. De una historia europea con raíces muy hondas, perdidas en la lejanía del tiempo. En la *República* de Platón, la justicia no debía confundirse con la igualdad de derechos: no los había. Las clases respondían a caracteres humanos diferenciados, tenidos por fijos, por inmutables. Las jerarquías sociales seguíanse pues de singularidades estampadas en el cuerpo, también en los orígenes. La discriminación por el color y por los rasgos de la fisonomía estaba inscripta en esas ideas, verdadera matriz de todas las que posteriormente afirmaron superioridades sobre las aludidas diferenciaciones. Aristóteles consideraba que los hombres son desiguales en su carácter: de ahí la esclavitud, fenómeno que aparece como efecto de ciertos modos de ser humano. Hay esclavos natos, seres incapaces de autogobernarse y por lo tanto de ser miembros del Estado, de la sociedad política. Esas gentes —está persuadido el estagirita— carecen de derechos, no son responsables. En la *República* las reglas válidas para las relaciones entre los griegos —incluso cuando estén enfrentados en la guerra— no pueden ser las que rijan para con los pueblos llamados "bárbaros". Aristóteles está convencido: "Es justo que los helenos dominen a los bárbaros..."; son gente fea y deforme, las diferencias intelectuales con los griegos son abismales, carecen de pensamiento racional y son incapaces de la acción ética. Cuando los griegos pelean entre sí —lo pone Platón en boca de Sócrates— hay apenas disensiones: deben reconciliarse; los "bárbaros", ser sometidos.

La monarquía de los pueblos "bárbaros" es un poder tiránico —dice Aristóteles— pero es legítimo porque es aceptado: esas gentes son "... más serviles que los europeos, soportan sin dificultad el poder despótico ejercido sobre ellos". Una tiranía supone —o debería suponer— "súbditos descontentos con su poder"; para quienes la aceptan, deja de ser tiranía. Luego el sistema que mejor se ajusta a la naturaleza de los pueblos serviles es el despotismo. Pero esos pueblos son de temer; en la tradición judeocristiana está inscripto el temor al *furor barbaricus*. Recuérdese la noticia sobre los salvajes pueblos nómades Gog y Magog.

Jean Bodin, contemporáneo del primer siglo de la conquista y gran pensador político, discrepa con Aristóteles: no hay pueblos naturalmente esclavos. El despotismo es producido por el derecho: el que crean las armas y la guerra justa. Claro que hay pueblos dotados para la libertad; pero los hay también —en Asia, en Etiopía, en Moscú y el país de los tártaros— nacidos para soportar la opresión. Bodin recoge la antigua idea griega de despotismo oriental y acuña una nueva, apropiada a los tiempos que le toca vivir: despotismo colonial. El ejemplo es el "reino del Perú", sometido al emperador Carlos V. La existencia de pueblos serviles no sólo justifica el despotismo doméstico —comenta Norberto Bobbio—, legitima también el ejercido sobre otros pueblos, incluso algunos que jamás lo admitieron para sí mismos. Los ibéricos pensarán la conquista desde esta matriz de pensamiento, por lo demás buen calmante para una conciencia que acaso lo requiriera.

El célebre barón de Montesquieu publica en 1748 su no menos célebre *El espíritu de las leyes*; retoma ahí la categoría de despotismo que no sólo define por la esclavitud. Factores que concurren a generarlo habrían sido los climas cálidos, la naturaleza fértil de la tierra, la extensión territorial, el carácter muelle y perezozo de los habitantes, la religión (en particular la islamita), ciertas costumbres transmitidas de generación en generación. La idea que quiere al clima y al entero ámbito natural influyendo sobre los hombres es antigua de toda antigüedad; la formuló Hipócrates cuatro siglos antes de Cristo; la retoman Aristóteles en su *Política* y Lucrecio. En 1323 un francés llamado Juan de Jandun sostiene que el calor produce ferocidad; el clima ideal es el de Francia... Muchos se hacen eco y a mediados del siglo pasado un notable jurista italiano, Pasquale Stanislao Mancini, que pretende tomar distancia de lo que considera exageraciones de Hipócrates y Montesquieu, sostiene en sus cursos de la Universidad de Turín que es cosa demostrada lo siguiente: en todas las épocas los habitantes de las regiones muy calurosas habían mostrado ser débiles, ser afectos a la pusilanimidad.

Cuando los ibéricos desembarcaron en el continente nuevo para ellos sabían cómo obrar: había un imaginario largamente elaborado y fuertemente anclado en las conciencias. Durante siglos Europa había preparado a gran parte de sus hijos para ser dominadores de otros pueblos, para hacerlo desde una certeza: la superioridad de lo propio. Las conciencias habían sido largamente trabajadas. Primero fue la recuperación del Santo Sepulcro, en manos de los infieles; luego las guerras contra árabes y turcos. Para defenderse de enemigos peligrosos que profesaban otras religiones, hablaban otras lenguas y ejercían otras modalidades de vida, los grupos dominantes de gran parte de Europa habían machacado: la propia fe era la verdadera, la propia razón era la razón humana por excelencia. Decir que los ibéricos eran irremediablemente malos es no decir nada; es olvidar que habían sido conformados para obrar como obraron. Y si las manos que ensangrentaron y destruyeron y humillaron fueron peninsulares, la responsabilidad por las motivaciones más íntimas desborda el cuadro de los dos pueblos conquistadores. Prácticas, actitudes, visiones e imaginaciones eran algo más que exclusivo patrimonio de españoles y portugueses. Ahí están los conquistadores holandeses, ingleses y franceses para corroborarlo.

Aquí obviamente no hubo encuentro de culturas; no puede haberlo cuando una conquista y desprecia lo conquistado y lo encuentra menos que humano. No hubo una recíproca e igualitaria fertilización de valores y saberes; hubo una dominación que pretendió implantar lo suyo con exclusión de todo el patrimonio del dominado. Y si algo salió de nuevo en ese desigual encuentro —al que millones de negros aportaron no poca cosa— es porque inevitablemente los cruzamientos y la convivencia así lo decidieron. Los seres humanos no son inmunes a solicitaciones ajenas a las suyas; por lo menos algunos no lo son.

Y ahora que ha comenzado a celebrarse el quinto centenario del arribo de Colón, que algunos festejarán con fuegos de artificio, los descendientes de aquellos nativos sometidos por la conquista y la colonización seguramente se preguntarán: ¿Qué celebrar? A ellos les cabe la respuesta. A los historiadores, a los etnólogos, a los estudiosos, buscar la verdad y proclamarla.



DOS OIDOS Y UNA LENGUA

Por Nahuel Maciel

En la reserva indígena de Ruka-Choroi, departamento de Aluminé, Neuquén, se llevó a cabo —en mapuche— el presente reportaje. Su autor pasó la infancia con la familia del entrevistado, el mapuche Kalfuqueo, cuyo nombre significa "perteneciente a lo azul" y cuya suerte, a casi medio milenio de la conquista española, sigue siendo negra.

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Kalfuqueo y tengo 91 años, según dicen.

—Y usted, ¿qué dice?

—Yo digo que tengo los años de la Tierra, porque el mapuche (gente de la Tierra) forma parte del paisaje. Naturaleza y hombre es uno y, a la vez, distinto. Pero, ¿por qué pregunta esas cosas que ya sabe?

—Porque le quiero hacer un reportaje y mucha gente lo puede leer y escuchar sus palabras y conocernos más.

—Entonces será bueno que vayan sabiendo que el mapuche es un pueblo muy golpeado. Yo, como mapuche, actúo como siempre con dos oídos y una lengua y los que han de escuchar mis palabras vayan sabiendo que deben tener dos oídos y una lengua, un oído para oír y un corazón para escuchar.

—Usted se llama Ceferino, como el Santito. ¿Qué opina de él?

—Para opinar hay que pensar. Hay muchos *huincas* (hombres blancos) que llevan a Ceferino colgado en la solapa del saco, pero se llevan al mapuche por delante, lo atropellan. Para Ceferino hay casas, templos, hay estatuas, estampitas, velas, hay canciones y oraciones. ¿Y para el mapuche? Nunca hay nada. No hay tierra, no hay vivienda, no hay luz, no hay nada. Sólo miseria hay. Opino que aun estando muerto al mapuche se lo sigue explotando, porque, ¿adónde va a parar toda la plata que se junta en las misas para Ceferino? Los que necesitamos atención somos nosotros, los que estamos vivos. Pobre santito éste, que aun estando en el cielo se lo siga usando como hacen aquí en la Tierra.

—¿De qué religión es usted?

—Yo no soy de ninguna. Yo soy de mí, nomás. La religión es parte mía. Yo creo en *Nguenechén* (el dios mapuche) y en la *nguillatún* (reunión o rogativa anual, de tres días de duración, en la que toda la comunidad hace un balance, individual y colectivo, del año transcurrido). Después, hay muchas religiones que yo no entiendo. Y lo que sé, es que hacen mucho daño al hombre. Recuerdo lo de Lonko Luhán (departamento de Aluminé), donde los pentecostalistas no supieron tener sabiduría y hubo matanzas (en 1975 y 1980) y hubo muertos unos niños. Sí, hay muchas religiones por la cordillera y todas confunden el pensamiento del mapuche. ¿Qué vendrán a buscar? Parece que sólo buscan el espíritu del mapuche, pero a la carne y hueso del mapuche no los respetan, no respetan nuestros cuerpos. Hay muchos padrecitos buenos también; recuerdo al padrecito Oscar Barreto, era del catolicismo, hablaba la lengua del mapuche y nos respetaba mucho. Pero no todos son como él. Hay otros que hacen cooperativas y otros que se aprovechan del trabajo del mapuche. Por qué no nos dejarán tranquilos, digo yo. Ya ni pensar podemos.

—¿Cómo fue su juventud?

—Pero usted me trata como a un viejo.

—Le cambio la pregunta: ¿cómo era cuando tenía 20 o 30 años?

—Eso, ya ve, es algo distinto. Pero no estoy seguro de qué tan distinto es. Igual se la voy a responder. Pero vaya sabiendo que yo no soy viejo. El mapuche no es viejo, el mapuche crece, y crecer es distinto a ser viejo. Cuando esta tarde fuimos a buscar manzanas y las manzanas estaban maduras, usted, mi *peñi* (hermano), ¿qué fue lo que me dijo? ¿Me dijo que las manzanas estaban maduras o que estaban viejas? Por eso yo no soy viejo, por la misma razón que a una manzana madura no se le dice vieja. Cuando yo tenía esa edad las cosas no eran muy distintas. El problema de la tierra siempre existió. El problema del trabajo y poca paga siempre existió. Las leyes que no acompañan al mapuche siempre existieron. Lo más importante que recuerdo, cuando tenía esa edad, es que conocí a mi *malén* (mujer, literalmente "latido de mi universo").

—¿Por qué fue lo más importante?

—Bueno, usted ya sabe eso. Hace muchos años ya que nos conocemos y yo ya se lo dije. Usted andaba lleno de piojos y mi flor (mi mujer) y yo le sacamos los piojos de la cabeza. Usted andaba subido arriba de los árboles y era un poco inquieto y nos hacía renegar mucho, ¿se acuerda? Siempre llegaba tarde para comer, nosotros nunca lo retábamos por eso, porque era lindo verlo jugar con los caballos, los árboles y las montañas. Yo, cuando le hablaba entonces del amor, siempre le conté lo importante que fue conocer a mi latido del universo. Usted ya sabe eso. Pregunte algo que no sepa. Así, uno aprende.

—Recuerde que esto lo van a leer personas que no lo conocen.

—Cierto, cierto, ya me andaba olvidando. Bueno, fue importante conocer a mi mujer porque qué va a hacer el hombre si no puede compartir su *poyén* (amor, literalmente "mi experiencia con el otro"). Uno aprende que cuando de querer se trata, no sólo hay que compartir todo lo que tengo sino también todo lo que soy. Por eso fue importante. Yo en esos entonces venía muy golpeado, mucho trabajo y poca paga, muchos latigazos del patrón y pocas caricias, mis padres ya venían sufriendo todo eso también, yo ya no tenía fuerza para nada, andaba mal por tanto sufrir, y haberla conocido a Celestina, al latido de mi universo, fue como darme fuerza, como volverme más bueno. Es importante tener a quién dedicar los días. Pero cambiemos de tema. Es un asunto muy mío.

—¿Fue a la escuela alguna vez?

—No. La única escuela que tuve fue la de mis antiguos, esa enseñanza tuve yo. Pero a la escuela del *huinca* nunca fui. Por eso no sé escribir ni leer. He leído, sí, porque usted me los ha leído, y así yo también me enteré de lo que dicen algunos libros. ¿Se acuerda cuando nos sentábamos al solcito y usted me leía? Yo agradezco mucho su tiempo. Pero la escuela del *huinca* creo que nunca ha sido buena para el mapuche. Nuestros hijos aprenden la historia del *huinca*, una historia que enseña que ser mapuche es cosa mala, en la escuela ésa quieren borrar nuestros pensamientos, los *huincas* no quieren que pensemos como mapuches. En esas escuelas sólo enseñan la historia del *huinca*, y eso está mal, porque hay historia del mapuche también. La historia del mapuche dice otra cosa distinta de la historia del *huinca*. El mapuche mira a la historia con otros ojos. A veces pienso que en esa escuela sólo se busca que el mapuche se pierda, se confunda, que olvide que es mapuche y eso es peor que todos los latigazos que hemos recibido, es peor que la muerte, es como morirse pero estando vivos, ¿me entiende? Por eso nunca fui yo a la escuela del *huinca*. A la escuela del mapuche sí fui. Allí hay confianza entre el que enseña y el que aprende, allí todos enseñamos y todos aprendemos. En las enseñanzas de mis antepasados uno tiene opinión y aprende adónde buscar las respuestas que anda necesitando; como el animalito que busca comida, uno sabe rumbearse. Saber leer y escribir es cosa buena, pero mejor es saber cosas que nos ayuden a llevar el mañana mucho mejor que el hoy. Sería bueno tener una escuela que enseñe en nuestro idioma, en nuestra costumbre, y respete nuestros pensamientos, que hable de nuestros problemas, que cuente nuestra historia. Que la escuela esté organizada por el mapuche, alrededor de nuestro trabajo. Nuestro trabajo no es para uno sino para todos. Una escuela que enseñe a vivir como vive el mapuche y no que nos enseñe a ser peón de estancia y jornalero.

—¿Por qué cree que es importante conocer la historia?

—Porque la historia nunca hay que negarla. Parece que a muchos *huincas* les da miedo la historia, yo no sé, pero tenerle miedo a la historia es como tenerle miedo al tiempo, al ayer, al hoy, al mañana. Conocer la historia no es vivir como antes, como el pasado antiguo. Conocer la historia es ir para adelante y avanzar hacia el futuro, así me enseñaron mis mayores. Yo tengo muchos pensamientos para hacer mañana o para después de mañana, según el tiempo, y esos pensamientos vienen de antes de hoy. Yo no le tengo miedo al tiempo, ni al pasado, por eso puedo conocer la historia. La historia es uno con otro, la historia es importante porque habla de uno, de lo bueno y lo malo de uno. Y así uno va arreglando el fondo de los errores y ya no se vuelve a equivocar en el mismo lugar o con la misma cosa. Los mapuches siempre decimos que cuando una persona se equivoca, lo más importante no es eso, sino que corrija su equivocación. Así, cada día uno es mejor que el día que ya pasó.

—¿Qué diría usted a los políticos?

—Agradezco sus preguntas y espero que alguien agradezca también las respuestas. Con usted podemos hablar con mucha confianza y respeto. Con usted yo puedo escuchar con los ojos y hablar con las manos. Ahora, para el señor político, yo diría que vuelva a leer mis respuestas, mis palabras escritas, y que también conozca las palabras de otros mapuches, porque hay mapuches en muchas partes, no sólo en Neuquén, también en Salta, Chaco, Jujuy y otros lados. Ellos tienen los mismos problemas, las palabras van a ser casi las mismas. Que el político no sólo escuche, sino que venga a ver también. Yo no mendigo nada, la justicia no se mendiga. La justicia se debe ofrecer. Si uno no ofrece justicia, uno es injusto. Uno es injusto también cuando no hace nada por la justicia. Yo ya no voy a aprender letras, por eso valoro mucho la palabra. Estas son palabras de un mapuche, de una gente de la Tierra, que ya no tiene casi tierra. Uno, aquí, en la reserva, vive como en un gallinero, uno está rodeado de alambre y cada tanto viene la mano del amo y nos da algunas semillas para comer. Pero ni yo ni nadie quiere vivir como en un gallinero. Yo quiero ser como un pájaro que vuela libre por el aire, pero para ser libre necesito de la tierra. No hay libertad sin tierra. Ahora hay muchos gobiernos, hay gobierno del municipio, de la provincia y de todas las provincias juntas. Muchos gobiernos y poca justicia. Si usted, que es político, quiere ser justo, empiece pronto, porque si pierde tiempo y no trabaja pronto, para cuando se decida quizá yo ya no exista.

